

Las elecciones tienen como telón la crucial «Guerra Fría 2» de chinos y estadounidenses por el liderazgo del mundo

LA GRAN DUDA CHINA

Trump, mal; Biden, ¿peor?

LUIS VENTOSO



Informidable Henry Kissinger, judío alemán nacido a diez kilómetros de Nuremberg, presenta dos peculiaridades. Una es que a sus 97 años está vivo. La otra es que además está muy lúcido. En noviembre de 2019 dio un aviso: «Nos encontramos en las estribaciones de una Guerra Fría entre China y EE.UU.

La advertencia cobra interés viñendiendo del mago de la diplomacia que a comienzos de los años setenta abrió el muro con China a través de un simbólico y ocurrente campeonato de ping-pong, que engrasó la histórica visita de Nixon a Mao en 1972. La tensión Washington-Pekín sobreviene la votación del próximo martes: «Estas elecciones son muy sencillas: si Biden gana, China gana», ha resumido Trump, en un aserto muy discutido, incluso por estudiantes chinos. El conspicuo «estinofobón» Pompeo, su secretario de Estado, ha llegado a afirmar que «hoy China es la peor amenaza para la seguridad, mayor incluso que el terrorismo».

Estaríamos ante uno de esos instantes de la historia en que se cumple el fenómeno que tan bien describió en su día Antonio Gramsci: «El viejo mundo está muriendo y uno nuevo pelea por nacer». Es la hora de los monstruos. Steve Bannon, el inteligente y turbio populista que inventó el trumpismo y luego cayó en desgracia, lo tiene claro: «Los dos sistemas son incompatibles. Uno tendrá que ganar y el otro perderá».

Muchos politólogos creen que el maestro Kissinger fue demasiado cauteloso. Para ellos, la «Guerra Fría 2», arrancó ya en 2018 y hoy está desatada. Los dos gigantes batallan en el frente tecnológico y comercial, con las represalias arancelarias de Estados Unidos por importe de 362,00 millones de dólares y los ciberataques chinos y los manejos siniestros de sus multinacionales tecnológicas, plegadas a sus servidores militares. Se enfrentan en Taiwán, amenazado por Pequín y armado por Estados Unidos, también en el ya casi sometido Hong Kong y en el polvorín de las rutas navales del Mar de China. Se asiste a un espectacular rearme chino: su gasto

militar ha crecido un 6,6% en este año de crisis, ya han abierto su primera base militar foránea -en Djibouti, en el Cuerno de África- y han botado su primer portaviones fabricado en casa. EE.UU. todavía barre a China en poder bélico, con una inversión anual en defensa de 738.000 millones de dólares frente a 178.000 millones. Pero algunos analistas sostienen que el gap real en gasto militar respecto a la primera potencia se ha acortado a tan solo un 13%.

China ha expulsado a los correspondientes de los grandes periódicos estadounidenses y ha represaliado a Australia, por cuestionar su virulenta gestión del Covid. Trump ha cerrado el consulado de China en Houston, tratando de acogotar a Huawei y TikTok y ha puesto en cuarentena las visas de los 360.000 estudiantes chinos que se forman en Estados Unidos (30 veces más que al revés).

«El virus chino»

También se debate, por supuesto, la respuesta de unos y otros ante la pandemia del Covid. «El virus chino», lo llaman Trump con toda la intención, mientras en la televisión china se sigue la incompetencia de Occidente (ante un virus que brotó en Wuhan). Los datos son demoledores: EE.UU. declaraba esta semana 227.000 muertos y 8,5 millones de casos; China, solo 4.739 muertos y 91.271 contagios. Nadie se cree las cifras provenientes de una dictadura opaca, que primero ocultó la epidemia y luego tardó en dar aviso al mundo de su gravedad. Pero sirven a Pekín en la liza de la propaganda planificatoria: «Los grandes logros de China en la pelea contra el covid-19 demuestran por completo las destacables ventajas del liderazgo del Partido Comunista Chino», a alardeó Xi Jinping en un homenaje a sus «héroes» sanitarios, reivindicando a las claras la superioridad de la dictadura.

La política exterior china se ha tornado agresiva, ellos mismos se jactan de denominarla «la Diplomacia de los Lobos». Lo que está dirimido por encima de todo es una crucial guerra intelectual entre la democracia liberal y el autoritarismo chino, que ahora se postula sin ambages como la alternativa correcta. En cierta medida, EE.UU.



EFE



Tres focos de conflicto abierto entre Pekín y Washington: la guerra comercial, la aplicación china Tik Tok y la vacuna contra el coronavirus



Tik Tok



INTERNACIONAL 27



Elecciones en EE.UU.

Una parodia del presidente chino con Trump como marioneta en una protesta en EE.UU.



No parece que nuestros valores vayan ganando frente a la propuesta totalitaria. Un 20% del mundo es anti-chino, en especial el Occidente libre más puntero (y más después del desastre del Covid). Pero el 70% restante contempla su modelo totalitario con admiración. Cuando se votó en la ONU una nota crítica sobre la brutal represión de los musulmanes uigures en los campos de reeducación de Xinjiang, 22 países votaron contra la represión china, pero otros 50 a su favor. EE.UU. ha tenido que poner toda su carne diplomática en el azadón para que sus «primos» británicos vetasen la adjudicación a Huawei de su red estatal de 5G. Pero Alemania todavía duda, a pesar de los apremios de Pompeo, y España sigue adelante con la controvertida opción de Huawei, que según Estados Unidos está al servicio de la inteligencia del PCC y operaría como un caballo de Troya en el corazón de los secretos de Occidente.

La vieja estrategia

China seduce al mundo con planes globales de inversión, como la que llama «Iniciativa del Cinturón y la Carretera», un programa masivo de rutas marítimas e infraestructuras (oleoductos, líneas de alta velocidad euroasiáticas, puertos,...), que ya apoyan 128 países. Algunos defensores del orden liberal lo ven como un anájaza que llevará a una dominación a través del poder blando. Una palanca más para hacer al mundo rehén de un Nuevo Orden Chino que supla al Consenso de Washington. Pero es muy difícil sustraerse al gran imán oriental, con sus 1.400 millones de habitantes/cíteros. Alemania vende solo en China la mitad que en toda la UE; Volkswagen despacha allí más de cuatro millones de coches. El 20% de la deuda externa de África es china (se han replegado europeos). Los préstamos chinos crecen más que los del FMI y el Banco Mundial juntos.

Lá estrategia en los días dorados de Kissinger era clara: acercarse a China, meterla para arrinconar a la URSS, el enemigo real. Pero hoy el enemigo de EE.UU. es China, que tras el llamado «Siglo de la Humillación», que va desde las guerras del opio de los años 40 del XIX hasta el triunfo de la Revolución en 1949, se apresta a vivir «El Siglo de la Restauración».

«Esconde tu fuerza y espera tu momento», reza un dicho oriental. Ese momento parece haber llegado. A ojos chinos, los dos siglos de hegemonía occidental son tan solo un paréntesis anómalo en el largo devenir de la historia. Desde 1100 hasta 1800, China superó un cuarto de la economía del mundo. Pero la Revolución Industrial vió el compás del planeta a favor de

ganó la primera Guerra Fría contra el comunismo gracias al imán luminoso de su cultura y su industria: el rock, los jeans, la comida rápida. Hollywood...

Pero ahora son los chatavas de Occidente los fascinados con TikTok, la aplicación china de video para adolescentes vetada por Trump.

No parece que nuestros valores vayan ganando frente a la propuesta totalitaria. Un 20% del mundo es anti-chino, en especial el Occidente libre más puntero (y más después del desastre del Covid). Pero el 70% restante contempla su modelo totalitario con admiración. Cuando se votó en la ONU una nota crítica sobre la brutal represión de los musulmanes uigures en los campos de reeducación de Xinjiang, 22 países votaron contra la represión china, pero otros 50 a su favor. EE.UU. ha tenido que poner toda su carne diplomática en el azadón para que sus «primos» británicos vetasen la adjudicación a Huawei de su red estatal de 5G. Pero Alemania todavía duda, a pesar de los apremios de Pompeo, y España sigue adelante con la controvertida opción de Huawei, que según Estados Unidos está al servicio de la inteligencia del PCC y operaría como un caballo de Troya en el corazón de los secretos de Occidente.

Visión negativa

En Europa, sobre todo entre la izquierda, solemos malinterpretar la crisis Estados Unidos-China como el fruto de una pataleta de Donald Trump. Una visión miope. Los dos partidos hegemónicos comparten su desvelo ante el riesgo chino (de hecho la demócrata Nancy Pelosi es una de las más duras críticas del pisote del PCC a los derechos humanos).

Gane quien gane, nadie espera que planeamiento estadounidense de fondo vaya a cambiar: «Ni Trump ni Biden llevarán una política amistosa hacia Pekín, pero cuanto más se demonice a China, más unirán los chinos detrás de

Xia», explica Yujie, del think-tank chino Chatham House. Una frase ironica que triunfa entre los estudiosos apoya esa tesis: «Trump ha contribuido a hacer a China grande otra vez».

Las comentaristas represalias arancelarias no han corregido apenas el déficit comercial norteamericano. Pero en todos sus mítines, Trump viene de suiza con China como uno de sus logros: «He tomado acciones muy duras para confrontar la amenaza rampante de China a los empleos americanos. Les hemos cargado tanto [con aranceles] que hemos usado ese dinero para nuestros granjeros amenazados por ellos. Hemos conseguido 28.000 millones de los chinos. Pero si gana Joe el Soñolento, China será la dueña de

Cruce de golpes Trump llama al Covid el «virus chino», mientras en la TV china se mofan de la incompetencia de Occidente

Nuevo colonialismo El 20% de la deuda de África es china; sus préstamos crecen más que los del FMI y el Banco Mundial juntos

la «pequeña» Europa y más tarde, de Estados Unidos.

Clinton fue un apóstol de la globalización y de abrir puertas a Pekín. Abogó por la entrada de China en la OMC, argumentando que serviría para reducir el déficit de su país en el intercambio comercial. En 2001, China ingresó por fin en el club de la economía global. Desde entonces el déficit comercial de EE.UU. con ella se ha multiplicado por cinco. También se ha incrementado aquella amable profecía de que más riguroza provocaría más apertura, un suave camino hacia la democracia. Ha sucedido exactamente lo contrario. El Partido Comunista Chino ya no enmascara sus ambiciones: «Ninguna fuerza dentro a China vio chinos en su camino hacia adelante», advierte Xi Jinping, desde su llegada al poder en marzo de 2013 ha incrementado el autoritarismo y la pulsión nacionalista.

En Europa, sobre todo entre la izquierda, solemos malinterpretar la crisis Estados Unidos-China como el fruto de una pataleta de Donald Trump. Una visión miope. Los dos partidos hegemónicos comparten su desvelo ante el riesgo chino (de hecho la demócrata Nancy Pelosi es una de las más duras críticas del pisote del PCC a los derechos humanos).

Gane quien gane, nadie espera que planeamiento estadounidense de fondo vaya a cambiar: «Ni Trump ni Biden llevarán una política amistosa hacia Pekín, pero cuanto más se demonice a China, más unirán los chinos detrás de

el próximo martes». Los servicios de inteligencia estadounidenses creen que no porque haga menos daño a China, sino porque haría más daño a Estados Unidos que Biden. Los chinos, que siempre piensan en un paciente largo plazo, no visitarían tanto unas elecciones como el fin de una época. Lo último que quieren es que Estados Unidos recupera a reafirmarse en sus valores y recomponga su coalición de campeón del mundo libre, destrozada por un Trump que no tuvo idea mejor que adular a los autócratas, incluidos Xi y Putin, e insultar a sus socios, empezando por Merkel. John Bolton ha llegado a acusar a Trump de respaldar a los amigos de concentración en Xinjiang. Joe Biden fue uno de los primeros senadores estadounidenses que viajó a China, en 1979. En una visita a Pekín en 2015, Xi lo saludó públicamente como «mi viejo amigo», un alto honor. Biden alardea de que conoce bien el paño, de haber mantenido «25 horas de cenas privadas con Xi». Pero se ha referido al líder chino como «un matón».

Rival sistemático

Frente al unilateralismo de Trump y su repliegue, la estrategia de Biden frente a China pasaría por recomponer la alianza de los países libres: «Si nos unimos a las otras democracias, nuestra fuerza se dobla. China no puede ignorar a más de la mitad de la economía global. Eso nos da una gran ventaja». En ese sentido, Biden resulta más peligroso para los intereses chinos que Trump, pues su oposición resultaría más sólida. Siempre que no acabe cayendo en una pusilanimidad al estilo de la de su mentor, Obama.

La propia UE también ha calificado a China de «rival sistemático». En menos de siete décadas, los chinos han protagonizado el milagro de progresión económica más rápido de la historia, para convertirse primero en la fábrica del mundo y hoy en un titán digital que a veces ya aventaja Occidente. Pero también han protagonizado el mayor robo de propiedad industrial e intelectual conocido y la defensa autoritaria cobra lugubres tintes orwellianos (ahí está, por ejemplo, su sistema de crédito social, que catalogará a los ciudadanos según lo que revela su huella digital, espia por el Gran Hermano del PCC, para premiar los o reprimirlos).

Por desgracia, tanto Trump, de 74 años, como Biden, de 77, parecen políticos demasiado fatigados y analógicos como para dar con éxito esta nueva batalla decisiva para la preservación de la libertad.